PEDRO LUIS DE GALVEZ, COLABORADOR DE LA UNION

JUAN BONILLA

Pedro Luis de Gálvez, lo avisa el flamante académico. Pere Gimferrer al final de su libro Los Raros, es alguien de quien merecería mencionarse algo más de lo que habitualmente se menciona cuando se repasa la historia, flamante y sórdida, de nuestra vasta Literatura de principios de siglo. Sin pocos son los que conocen la obra poética de este extraño creador, espléndido sonetista, menos aún saben de sus artículos de urgencia encargados por diversas publicaciones de la época, a sabiendas de su compromiso con la causa republicana. Quiża una de las cosas que menos se le perdonan a muchos de los creadores que pululaban la sombría mansión de principios de siglo, con su humo triste, sus melancolías, recordemos al distante Juan Ramón, huraño, sus marginaciones estéticas, es ese sabor de época inconfundible que al revisar las obras nos queda, el son de esquilas tajantes que adivinamos tras las composiciones modernistas, ese decorado que semeja ser propio en cada voz, y sin embargo la apariencia anula la voz de escuela que impregna a todos.

Pero vayamos más lejos, situémonos en un ámbito reducido y local, dejemos un momento losgraciosos e híspidos sonetos, cuando no trágicos, de Pedro Luis de Gálvez, cuya médula era del Modernismo Hispánico, emotivo y vivaz pero claramente imitativo; ¿somos conscientes que este olvidado, y maldito, publicó infinidad de artículos en periódicos y revistas de marcado acento republicano, variados, extensos, telegráficos?. Sabemos que uno de esos periódicos en los que se recogían trabajos de Pedro Luis de Gálvez era el jerezano La Unión. Estamos en 1905, segundo año de publicación de las hojillas jerezanas. Un Pedro Luis de Gálvez, no sé si distinto, seguro que no nuevo, sí desde luego sorprendente, descubrimos firmando artículos tan claros y rotundos como híspidos, jamás benévolos, brotados del deseo de desbrozar los sostenes de una sociedad injusta, que como ejemplo, él nos lo cuenta, laurea a héroes de pacotillas dispendiando su erario en inanes estatuas, cuando un pueblo hundido en el légamo, que se muere de gana, no puede siquiera alzar la voz.

Este Pedro Luis de Gálvez que escribe Notas de Viaje en el N.º 40 de la Unión, o el artículo Los Coros de la Monarquía en el 41, satírico y pungente, o ¿Qué hacemos?, atribulado y perspicaz en el 45 ¿es el mismo compositor que el que escribe sonetos como La Catedral, o Velatorio, o Don Quijote, esos que suelen aparecer en antologías y florestas no sólo de la lírica modernista, sino también en las que recojen las más preciadas obras de toda nuestra lírica?. Sin duda aunque nos sorprenda la diferencia, a pesar de los pesares, es mucho menor en el fondo, pues radica apenas en la forma. Pedro Luis de Gálvez utiliza el verso como manera lícita de canto contumaz. La prosa ataca, firme, nada compasivo, de otra manera. Pedro Luis de Gálvez pertenece a esa raza aún no estudiada de poetas mendigos. Armando Buscarini, al que, nos lo cuenta Cansinos, violaron los negros de Villaespesa, y se mostraba tan contento cuando le publicaron un libro tal si le hubieran dado el premio Nobel, es otro ejemplo de estos poetas que orlan los márgenes preferidos de nuestra historia literaria. No olvidemos que el ya citado Cansinos Assens, impagable es novela de un literato, (*) alu-

día en su otra obra, El Movimiento V.P. a Pedro Luis de Gálvez con el nombre de «El primer poeta mendigo». Así nos lo cuenta J.M. Bonet en el estupendo exordio que abre la edición facsímil que la editorial Hiperión publicara hace años:

«El primer poeta mendigo ni puede ser otro que Pedro Luis de Gálvez, esporádicamente asociado al Ultra a mediados de 1919, El pícaro y hampón sonetista era una figura madrileña bien conocida»

Claro que esta raza de poetas mendigos tiene un pasado digno y sumamente sugerente. Basta mencionar a Hiponacte de Efeso, Angliogieri, Rutebesuf, Marcabrú, Villon, los goliardos anónimos (no el Archipoeta de Colonia, ni Charles de Orleans, ni Sedulio Escoto, ni Gualterio de Chatillón, por lo general bastante bien situados), y más cercano surge en Francia la figura del simbolista que murió de frío y hambre en la calle, Nouveau, y de aquel otro raro de la nómina de Gimferrer, Richkepin. Cabe decir que aunque en algún caso la obra de estos autores supera en sugestión a la vida, naturalmente desde la perspectiva de lector deseoso de conocer las aventuras y desventuras de estos colosos, mayestáticos y ufanos de sus condiciones, suele suceder que la vida se nos antoja más sabrosa y atractiva que la obra que produjeron.

Muy curiosa resulta la lectura, seguimos ahora con Pedro Luis de Gálvez y su relación con el periódico jerezano, del texto publicado por capítulos y titulado Mi Conducción. Días antes del inicio de la publicación, la redacción del periódico daba a conocer una nota de protesta por la súbita detención del poeta, al parecer acusado de proferir desnuestos e improperios atacando los valores de la sociedad, la jerarquía, la Iglesia, el Estado, el ejército y todo lo que se le pusiera delante. El texto en sí, naturalmente, no posee ninguna gracia modernista que especialmente nos subyugue. Como todo lo que publicaba La Unión estos párrafos están teñidos poco convenientemente por la urgencia de una situación onorosa. Pedro Luis de Gálvez se encuentra recluido, y se vale de su prosa y su humor hiriente, para narrar no tanto situaciones como sentimientos de ira y ataques furibundos a aquellos que se oponen a tan abierta libertad de expresión como la que él exige, por la que él aboga, la que le costó el ergástulo. «Mi conducción» podría leerse como una novelita desvencijada, y fragmentada, a veces sonrientes por la denostada descripción de tal funcionario, otros precisos y atentos al escuchar una voz que divaga pintoresca y clásica queridamente clásica, sobre cuestiones meramente morales. (Cabe añadir que estos capítulos fueron acogidos más tarde en su diario de un preso político, titulado En La Cárcel. A mí particularmente este Pedro Luis de Gálvez me parece bastante menor que aquel otro que escribiera novelas como La Santita de Sierra Nevada; El Sable, arte y modo de sablear; La Tragedia de Don Iñigo; La Cochambrosa). El tiempo tiene la culpa, sin duda, de que no haya sido preciso situarse en lo trágico de la situación que aquejaba al poeta. Especialmente escalofriantes resulta la lectura de las líneas telegráficas publicadas en el N.º 110 tituladas HE IDO A JUICIO en la que nos encontramos con un Pedro Luis de Gálvez, vencido, cansado, desamparado, oprimido, un Pedro Luis de Gálvez que reconoce la imposibilidad de esgrimir unas líneas de consuelo para sí y para sus amigos redactores que le solicitaran la exclusiva de sus impresiones sobre el Juicio, recién terminado éste. Entonces sí, el tiempo no es óbice para comprender la tragedia. Somos conscientes de que Pedro Luis de Gálvez cruzaba por un período realmente fúnebre y humillante, este amigo del decir recio y vetusto que vivía en la calle, hampón y tunante, aparece derrotado, sin capacidad para asir la lanza guerrera del insulto siquiera. Es sintomática la separación de caracteres literarios que presenta la obra del poeta, ya lo aludíamos antes. Su prosa en este breve texto no puede ser ni siquiera bronca, cosa mucho más sencilla, dado el caso que la agudeza irónica a la que nos tenía acostumbrados parece ciertamente muy difícil de superar. El autor de Negro y Azul, nos dice, sólo desea olvidar, descansar, huir quizá.

Pedro Luis de Gálvez es una de las figuras más curiosas de nuestra literatura. Obvio que se encuentra perdido en ese elenco extensísimo de epígonos rubenianos. Tampoco como uno de los ultraistas importantes merece ser citado, y, pues, pertenece al grupo de los Pérez Domenech, Eduardo de Ontaña, Jacobo Sureda, Zurita, Tomás Lu-

que, Calderón, Fernando de Lapi, Ciria y Escalante, (por el que tengo una especial predilección, y al que intento rescatar por lo injustamente breve que fue la existencia del director de Reflector (1903-1924). Poeta tal vez de antologías, de antologías que no convienen sean demasiado tardas.

Más modernista que ultraista, más vivido y golfo que poeta modernista, como tal se nos muestra de mucho en mucho, Pedro Luis de Gálvez es original autor dentro de una línea uniforme, que se desdobla en carátulas, a veces antagónicas, y menosprecia todo lo que nuble su esencial pureza, como radical ególatra, perdóneseme al pleonasmo. ¿Compromisos?. Apuesta por una República justa y que derrumbe a los tercos dominantes que niegan esa libertad sin la cual Pedro Luis de Gálvez no se siente. Personalmente no relacionaría nunca al autor de esos artículos publicados en Jerez con los poemas que rubrica el paseante madrileño. Su talante revoltoso, más que revolucionario, ¿contrasta con ese aspecto más serio que muchos modernistas postreros nos presentaran colaborando, más o menos activamente con esa extraña vanguardia llamada falangismo? (basta mencionar, claro, a Sánchez Mazas, excepcional autor de Rosa Krüger).

No conviene ignorar más la personalidad de este autor. Soy consciente al decir esto que no una biografía bien trazada de Pedro Luis de Gálvez (no nos bastan los apuntes de tal o cual cronista de la época) sería para muchos más interesante que la lectura de sus textos poéticos, (alguna novela, seguro, se salvaría). Es el sino de muchos de los creadores que pusieron el genio en sus vidas y sólo una parte exigua de su talante (no el talento que es otra cosa y siempre se pone por entero), en sus desperdigadas obras.

Notas

(*) Véase para mayor conocimiento de Pedro Luis de Gálvez los capítulos titulados «Los Mayores» y «Cartas Patéticas» del 2.º Tomo de la novela de un literato de Rafael Cansinos Asséns publicadas por Alianza Tres. Y el retrato que le hizo Ramón, divertido, sorprendente, espeluznante en algún párrafo.